

La biblioteca en ruinas*

Hugo Achugar

Abro los ojos

A pesar del agitado movimiento, tengo la certeza de que todo está en su lugar. Estoy en la biblioteca, todo parece en orden. La biblioteca ¿en minas o en transformación? ¿La biblioteca de siempre o la biblioteca mutante? En este fin de siglo / fin de milenio las cosas son menos ciertas. La incertidumbre me acompaña; quedan, sin embargo, restos de certezas y muchas preguntas; sobre todo, preguntas.

Ahora que congelo definitivamente -¿definitivamente?- estas páginas de la biblioteca sé que no hay respuestas permanentes. Entre la realidad y el deseo, entre la certeza y la interrogación, he estado tratando de aprender a leer. El aire gélido de estas páginas, el absoluto definitivo que mi deseo parece adjudicarles no es real.

En la biblioteca

Estoy en una biblioteca; ni pública, ni privada. Cerca, demasiado cerca, la televisión me hace llegar su entrecortado, espasmódico, intermitente mensaje. El afilador pasa con su ominoso sonido, el silencioso hablar de los libros se apila a mi alrededor, los imprescindibles lentes agusanan las viejas nuevas lecturas.

* Estas páginas recogen parcial y levemente alterado el comienzo del primer capítulo de mi libro *La biblioteca en ruinas (Reflexiones culturales desde la periferia)*. (Montevideo: Trilce, en prensa).

Estoy en la biblioteca tratando de cerrar un libro que he estado escribiendo y borrando a lo largo de casi quince años. Toda labor crítica, toda labor intelectual es una suerte de autobiografía y acompaña la vida. Y como ya se sabe, toda autobiografía es ficción, pura ficción.

Estoy en la biblioteca escribiendo un ensayo que encierra otro y posible / seguramente otro y otros más en estado larval, virtual. Las preguntas de fin de siglo me vienen asediando desde hace unos cuantos años y encontraron una primera formulación, de la que ahora sólo quedan las trazas, en parte de estas páginas. Si esas trazas aparecen casi como de contrabando en esta biblioteca es porque han estado allí, alimentándose con su escepticismo, con su babélica acumulación, con su secreta rabia. Las bibliotecas, como se sabe, suelen ser indiscriminadas. Su estómago digiere todo sin establecer mayores jerarquías o distinciones.

No es cierto. Toda biblioteca, como todo museo, elige, olvida, clasifica, archiva, celebra. La biblioteca privada dice de una sórdida historia personal. La pública, más aún si es nacional, dice de la barbarie cometida por la comunidad hegemónica. La biblioteca es el cementerio de los que no tienen voz, su muerte definitiva. Las bibliotecas nacionales son el poder exacerbado, son la historia oficial, el panteón de los próceres, la fosa común de la clase media, el paradójal lugar sin límites al que los heterodoxos no pueden ingresar. La biblioteca pública es una ilusión, una falaz utopía de la democracia. La biblioteca pública, sin embargo, también posibilita la construcción. La biblioteca privada, la ilusión del poder y un modo de solipsismo. El poder reprime pero también posibilita la creación (Foucault).

No es cierto. No estoy ni en una biblioteca privada ni en una biblioteca nacional. En la biblioteca me acompañan Rubén Darío, Julio Herrera y Reissig, Roque Dalton, Jorge Luis Borges, José Donoso, Cristina Peri Rossi, Julio Garmendia, José Emilio Pacheco, César Vallejo, Alejandra Pizarnik, Vicente Huidobro, Angel Rama, Omar Cabezas, Rómulo Gallegos, Néstor Perlongher, Yolanda Pantin, Rosario Ferré, Arturo Ardao, Alvaro Mutis, Eugenio Montejo, Miguel Barnet, José Martí. Cuba y Martí, Cuba está en su agonía, no en su muerte, en su patética porfía.

Estoy en una biblioteca latinoamericana. América Latina ¿o es que nunca ha sido otra cosa más que Hispanoamérica? No necesariamente; algún haitiano, algún brasileño tentó mi anhelo aunque sus resultados sean escasos. De ellos y de mucha otra materia, sin embargo no queda registro esta vez. Américas latinas, muchas y múltiples, pero también una, única, mía/nuestra. La que quisieron, quisimos, queremos construir contra el tigre de adentro y sus garras de terciopelo. Y el tigre de afuera.

No hay una historia como no hay una América Latina.

Pero no es de historias sino de bibliotecas que quiero escribir; de una biblioteca en búsqueda y movimiento constante, de una biblioteca en minas. Y de hoy, de este espacio simbólico que es el fin de siglo/milenio que nos acoge. El plural del “nos” no se refiere a uds.

-improbables lectores- sino a todos esos muchos que habitan mi mano mientras escribo/escribimos. Escribimos desde la excéntrica plaza del que está afuera, descentrado. Esos que en mi mano escriben y los otros esos que en mi mano desescriben. Los que afirman y los que subterráneamente erosionan mi escritura.

Hoy hay quienes se lamentan y otros que celebran y otros mas, suspendidos por el mundo, que no saben qué actitud tomar: si horrorizados por la apoteosis televisiva y fáxica, deben proclamar la santa magnificencia de un orden muerto. Si fascinados por el avasallante poder triunfal de extraños clarines, marchar con los aires de las auras frías. Si percibiendo en trance de muerte aquello que fue, seguir peleando aunque sabiendo también que el baile y el ritmo esotro. Si petrificados en la dupla seguridad de antaño, repetir las palabras terriblemente metódico/metodológicas de cuando éramos jóvenes.

La anunciada época de la reproducción mecánica de la obra de arte que consideró Walter Benjamin nos ha estallado en la barroca proliferación de los multimedios. Y sin embargo, para aquellos que nos damos por placer y oficio la lectura, la revolución que conllevaba la reproducción mecánica de la obra de arte es un hecho casi prehistórico. No sé qué habrá experimentado un monje lector en su biblioteca de manuscritos iluminados ante el avance y la universalización de los democráticos e infernales libros posibilitados por Gutenberg. En todo caso, para quienes nos ocupamos y deleitamos con las obras de arte reproducidas mecánicamente en cientos, miles y millones de ejemplares, el manuscrito original sólo tiene y ha tenido desde hace siglos un interés de erudito o de coleccionista. La obra de arte única e irrepetible comparte el espacio con la reproducción desde hace demasiado tiempo para que se ignoren mutuamente. Hoy el libro-objeto, el cuadro único, la edición de bolsillo y el cartel-poster-afiche-serigrafía conviven en un espacio múltiple donde el mercado, el marchand y el erudito se dan la mano. La fuente de placer no nace de la presencia o ausencia del aura. Al menos no únicamente. Y el aura hoy tiene muchas formas y maneras de existencia.

Estoy en una biblioteca, entre sus ruinas el ojo de la computadora pestañea,

los libros callan entre sus tapas ablandadas por el uso. No es cierto, estoy en una biblioteca universitaria de un pequeño país latinoamericano, hay muchos libros viejos y pocos libros recientes. No es cierto, estoy en una biblioteca universitaria de un pequeño! grande país/parís latinoamericano, las computadoras chillan bajo las manos mestizas. No es cierto, estoy en una biblioteca pública, en una biblioteca ambulante, en un librobús, en una biblioteca/librería de un pequeño pueblo latinoamericano que los habitantes no usan, que los habitantes no pueden usar, que los habitantes -¿cuáles, quiénes, cuándo?- no saben para qué sirve. No es cierto, estoy en la biblioteca de un “afortunado” que acaba de llegar del ombligo del mundo de los múltiples ombligos del mundo, y leo *Critical Inquiry*, *Revista de Estudios Hispánicos*, *Casa de Las Américas*, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, *New Literary History*, *Poétique*, *Nuevo Texto Crítico*, *Revista de Crítica Cultural*, *Hispanamérica. Iberoamericana/Lateinamerika*, *Punto de vista*, etcétera y basta ya; no es cierto. No es cierto, no señor, si señor. Estoy en una biblioteca en ruinas y también entre las polvorientas ruinas de conceptos y nociones, la literatura (¿qué es eso?) muestra sus múltiples cabezas.

Pero mi moderno y posmoderno walkman acaba de cambiar, súbita y sorprendentemente (¿sorpresa o deliberado zapping?), a otro canal y antes de ser ganado por el nuevo ritmo, sumergido en la privada experiencia de los audífonos, tengo todavía un momento para darme cuenta que leer un libro había sido o sigue siendo ensimismarse en la pantalla del video clip del poema o la novela, que leer un libro latinoamericano había sido para los latinoamericanos una experiencia de élite, que apostar a la heterogénea literatura transculturada de América Latina fue una experiencia, a la vez, privada y colectiva; como lo es hoy el video, la televisión y el walkman. Hoy tenemos libros que hablan y muestran, libros-casete, libros video y hasta libros-disco para ese anima] o esa mascota contemporánea que es la computadora. La revolución tecnológica -esa

misma que ahora ofrece la televisión de alta definición como la panacea para el consumidor masivo de la futura década- no impide recordar que la lectura sigue siendo una experiencia no-universal; que todavía hay más analfabetos que lectores o letrados en América Latina (*los* porcentajes varían con los paisajes, con los continentes y con las economías). Y que quienes leen “literatura” son todavía los muy pocos “happy few” a que aludiera Stendhal. Para los millones de analfabetos que todavía alientan en nuestra América, el libro sigue siendo una realidad ajena, una realidad aurática que pertenece a otros, los privilegiados otros.

Pero claro, hay diferencias; no en vano las diferencias reinan en este ahora que nos consume. Al mismo tiempo la diferencia de consumo sigue, impertérrita, señalando que la base material si bien no explica todo continúa proponiendo barreras, comunidades, tipos y clases. Por otra parte, la diferencia central en relación a la presente argumentación radica en la distancia o en la esencial distinción que se debe realizar entre la lectura de la crítica y la lectura del común de los mortales. Alfonso Reyes distinguía, en *Aristarco o anatomía de la crítica*¹, entre la lectura impresionista del goce y la exégesis (agregaba además el juicio). Esa distancia entre el placer y la interpretación crítica o docente atiende, a nivel pragmático, a dos fenómenos muy diversos. No me ocupo ahora del placer de la lectura: habría quizá que anotar que el placer puede ser múltiple -no exclusivamente estético/ideológico- y que podría incluso hablarse del placer de la lectura crítica así como de un placer narciso en relación a la historia individual. En todo caso, cuando hablo de leer o pregunto por la lectura: el ¿Cómo leer y sobre todo qué leer, hoy? me estoy refiriendo a la lectura crítica y no a la otra.

¹ *Aristarco o anatomía de la crítica* (1941) fue recogido por Alfonso Reyes en *La experiencia literaria* (1942). Citamos por la edición *Ensayos. Alfonso Reyes* (La Habana: Casa de las Américas. 1968); pp. 225-239.

El lector o la lectora no refieren a una esencia permanente a lo largo de los siglos y esto es obvio. Los lectores tienen / tenemos su historia como la tiene la propia lectura y el libro, Roger Chartier se ha ocupado del tema² pero además de esa historia colectiva está la personal. Somos seres históricos y la lectura fuera de la historia me parece una aspiración que pretende ocultar y disfrazar de ciencia lo inocultable.

¿Leer la diferencia o la hegemonía? ¿Leer la diversidad o la constante supresión de las voces? ¿Cómo leer en esta inmensa biblioteca que me han ido construyendo los años, las muchas bibliotecas, la enciclopedia -Polifemo multiplicado hasta el exceso-televisiva, los museos, la calle, los rituales paganos y los eclesiásticos; ¿cómo ordenar la mirada en esta imposible biblioteca? ¿Qué decir de la biblioteca y sus inestables habitantes? ¿Hablar del poder liberador de la palabra? ¿Apostar con mi amigo John Beverley al placer utópico/estético de la literatura, al sujeto colectivo y a la liberación? ¿Reaccionar también con mi amigo Beverley “contra la literatura”? ¿Reflexionar sobre la alienación de la escritura? ¿Proponer que la obra de arte contemporánea es un artefacto que ha perdido toda mística, toda trascendencia, todo aura? ¿Abundar en o investigar el eventual carácter convencional de la categoría “obra de arte”, “literatura” o simplemente “lo hermoso”? ¿Señalar la presencia del poder hegemónico en la construcción del texto, de la institución, del deseo, del imaginario social? ¿Leer autoritaria o preceptivamente, como hacen algunos críticos y sobre todo muchos gacetilleros, y decir la poesía de Borges o de Paz o de Pacheco o de Neruda es así o asá y esto se ajusta o no a la “receta poética” marcada por los “dioses”? ¿Cómo leer entre las ruinas de una biblioteca?

La representación de una obra de arte es y ha sido siempre problemática pero hoy -con la urgencia que le otorga el hecho de ser mi/nuestro muy fugaz hoy- es

² Roger Chartier. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. (Madrid: Alianza Universidad, 1993).

aún mayor su inestable condición. La inseguridad y la provisoriedad han ido ganando el campo de la cultura occidental-europea y occidental-latinoamericana. ¿Es posible hablar de arte representativo sin sentir malestar? ¿Es posible afirmar que Carmen Miranda es un estereotipo, un simulacro, una burla de la cultura latinoamericana y que Fernando Botero, no necesariamente lo es? Es decir, ¿es posible sostener que hay representaciones válidas para la totalidad de América Latina? ¿No sería la realidad representada en el universo plástico de Fernando Botero también una construcción reductora de la heterogeneidad latinoamericana? ¿Cómo averiguar o cómo leer lo que nos es propio a los latinoamericanos o cómo leer aquello que desde Latinoamérica ofrecemos al universo? ¿Cómo leer sin convertir todo en simulacro o cómo distinguir -si es que sirve para algo- lo verdadero de lo falso? ¿No son también las categorías de simulacro, realidad, verdadero y falso, construcciones ideológicas al servicio de la manipulación? ¿Quién decide y quién autoriza a quién? ¿Cuál es la tarea del crítico, del profesor, del lector, del habitante sin más, en la biblioteca, en esta biblioteca de hoy?

Final provisorio

Hace unos años el crítico cinematográfico Homero Alsina Thévenet me decía, comentando lo que él entendía como reglas de oro para la escritura crítica o cultural, que era aconsejable y hasta quizás obligatorio no formular preguntas sin inmediatamente ofrecer una respuesta. Incluso, Alsina parecía sugerir que tal modo o estilo interrogativo no era deseable. Sostenía esto desde su larga, prolífica y valiosa experiencia de crítico cinematográfico y cultural. Es posible que así sea, también es posible que su apuesta y su escritura respondan a una atmósfera cultural en la que había respuestas para casi todo o en la que era inmoral preguntar sin conocer las respuestas. Sin embargo, a esta altura del siglo, a estas alturas de mi viaje en esta conmocionada biblioteca, sólo me son

posibles las preguntas. Preguntas que seguramente viajan por la biblioteca cargadas de respuestas. Respuestas que nada resuelven, apenas complican más el juego y el aire espesan en la biblioteca. No hay respuestas que vivan en un siempre permanente.

Aquellos que, enredados en diccionarios y manuales, poseen todas las respuestas, todas las certezas, no han aprendido todavía a preguntar. O preguntan desde certezas que me parecen heridas de muerte; yo pretendo preguntar desde la intemperie y eso no implica el Apocalipsis. Posiblemente algunos creen que el dato, la precisa fecha, el ajustado término acabado de acuñar encierran la clave de todas las respuestas. O quizá, simplemente, no estén de acuerdo que la vieja biblioteca en que hemos vivido y en la que hemos estado aprendiendo a leer presenta hoy un paisaje diferente: el de una biblioteca en transformación.

Abro los ojos: entre las ruinas de lo que fue y lo que todavía no es, sólo hay lugar para las preguntas. Esa es mi pobre circunstancia.

Montevideo, marzo de 1994

Descriptores: LITERATURA